

ERIC J. HOBSBAWM Y LOS ANDES

HERACLIO BONILLA

Universidad Nacional de Colombia

El deceso de Eric J. Hobsbawm en octubre del año pasado significó la desaparición física de uno de los más grandes historiadores del siglo XX. Su obra monumental, en la cual sobresalen la extraordinaria zaga *The Age of Revolutions*, *The Age of Capital*, *The Age of Empire*, *The Age of Extremes*, modeló la memoria histórica del Occidente y fue la fuente de inspiración en la formación de muchísimos historiadores y científicos sociales. Con sobrada razón incontables homenajes, en uno y otro lado del Atlántico, han señalado la importancia del magisterio que ejerció a través de sus libros, de sus clases impartidas principalmente en el Birbeck College de Londres y en la New School for Social Research en Nueva York, y de las conferencias que pronunciara en varias partes del mundo. Por consiguiente, examinar otra vez el alcance de sus trabajos sería completamente redundante. Más bien, quisiera utilizar este espacio cedido por los editores de *Procesos*, la más importante publicación del Ecuador en el terreno de la Historia, para señalar algunas dimensiones poco conocidas de la labor de Hobsbawm en los Andes meridionales, particularmente en el Perú. Por razones de tiempo dejo deliberadamente el análisis de las reflexiones de Hobsbawm sobre la «violencia» en Colombia, sin duda una de las experiencias que más atrajo su atención en esta parte del mundo.

Conocí al Profesor Hobsbawm con ocasión del seminario organizado por el Instituto de Altos Estudios de la América Latina de la Universidad de París en octubre de 1965 donde presentó un trabajo sobre el movimiento campesino de La Convención, en el Cuzco, y que fuera incorporado poco después en su libro *Primitive Rebels: Studies in the Archaic Forms of Social Movements in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, texto que generó controversias sobre todo por la distinción que el establecía entre movimientos pre-políticos y movimientos políticos. Como explicó en el Epílogo de la traducción española realizada por Ariel no se trató de establecer una separación infranqueable entre lo tradicional y lo moderno, sino de saber «el uso que de este material del pasado puede hacerse para improvisar movimientos que se enfrenten con una situación nueva». Dirá también que en el análisis del capitalismo, caracterizado por la tensión central entre el trabajo y el capital, la persistencia de estas formas arcaicas de protesta en la escena contemporánea constituye una valiosa pista para comprender la naturaleza de su configuración.

Pero fue la experiencia del movimiento campesino de la Convención, a mediados de la década de los sesenta del siglo XX, que permitió a Hobsbawm formular propuestas muy sugerentes sobre la articu-

lación entre los campesinos y la política, condensadas en el primer número de la revista *Journal of Peasant Studies* de 1973. Como se sabe, la movilización liderada por Hugo Blanco hizo parte de una hoguera campesina que abrazó al conjunto de los Andes y cuya consecuencia inmediata fue la implementación de una reforma agraria radical en 1969 encauzada por los mismos oficiales encargados de su represión.

En la hacienda de Alfredo de Romanville, de medio millón de hectáreas, al amparo de una coyuntura favorable para los precios del café, los *arrendires*, colonos medios, pidieron la cancelación de las instituciones más opresivas y tradicionales de los campesinos. Se trató de una región de frontera, en la que los campesinos medios, no los más ricos ni los más pobres, tuvieron el papel protagonista. Pero se trató de una movilización cuyos alcances fueron muy acotados: carente de una articulación que fuera más allá del espacio regional, y que concluyó tan pronto los campesinos tuvieron el control de la tierra. No estaban para hacer la revolución, como le dijeron con crudeza a Blanco.

Como recordara Hobsbawm en *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, su sobria autobiografía publicada en el 2003, la experiencia de la América Latina y de los Andes, en particular, fue central en su formación, por tratarse justamente de un enorme continente que desafiaba toda teoría vigente. Fue el compromiso con esa realidad que lo llevó, conjuntamente con Juan Martínez Alier, a recorrer sus lugares más recónditos, buscando y reuniendo los papeles de los hacendados expropiados por la reforma agraria para constituir con ellos el Archivo del Fuero Agrario, fuente

de la renovación más profunda de la historia agraria andina reciente, Como recordaba igualmente el economista Adolfo Figueroa, fue la insólita pregunta deslizada en una de sus conferencias en Lima —¿por qué están todavía ahí los campesinos?— la que motivó que Figueroa durante años orientara sus investigaciones sobre la economía campesina en búsqueda de una respuesta satisfactoria a ese interrogante. Su compromiso y su simpatía estuvieron igualmente presentes en las investigaciones de Gavin Smith, profesor de la Universidad de Toronto, sobre los campesinos de Huasicancha, en la sierra central, matizado por las cadencias y sus reflexiones sobre el jazz, tema al que dedicó un espléndido libro y varios artículos con el seudónimo de Francis Newton en las páginas del *New Statement* de Londres. No fue otra la razón por la cual, en medio de una agenda muy apretada de trabajo, dedicara el tiempo necesario para traducir y publicar en el número 91 de *Past and Present* (1983) mi texto sobre la cuestión nacional y colonial en el marco de la Guerra del Pacífico, y que trabajara con nosotros sobre los orígenes de la burguesía en la América Latina, en el marco del seminario realizado en Lima por la Comisión de Historia Económica del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales que coordinaba en ese momento,

Si bien la curiosidad académica de Hobsbawm no tenía límites, porque todo lo inherente a la vida de las mujeres y de los hombres debía concernir a los historiadores, su campo privilegiado fue la historia económica y social, pero entendida en el sentido clásico del término, y por lo tanto inmune a las nuevas expresiones

de la historia económica en su vertiente cliométrica. En 1980 me encontraba en Cambridge, Inglaterra, donde tuve la ocasión de escuchar su conferencia sobre «Historiadores y Economistas», en el marco del Marshall Lectures de la Facultad de Economía de esa Universidad, reproducida después en su libro *On History*, publicado en 1997. En presencia de Joan Robinson y John Eatwell, entre otros connotados economistas, defendió con pasión su concepción de la historia económica, alejada de tecnicismos y centrada más bien en una economía razonada más históricamente. No estoy seguro que sus argumentos convencieran completamente a la audiencia, que esperaba más bien consideraciones más cautas sobre las propuestas de Fogel y sus colegas.

Pero fue en diciembre de 1971 cuando Hobsbawm se aleja del escenario regional de sus reflexiones para tomar el escenario peruano en su conjunto. La publicación en las páginas del *New York Review of Books* de su artículo «Peru: The Peculiar «Revolution» tradujo su interés por la política desplegada por el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas que bajo el liderazgo de Juan Velasco Alvarado tomó el poder en octubre de 1968. Interés, pero también una clara defensa de las decisiones de los oficiales peruanos pese a la ambivalencia del proceso seguido durante la primera fase del régimen militar. Asume como válidos los argumentos del gobierno: «Hasta 1968 el Perú era capitalista y dependiente, subdesarrollado, pobre y atrasado porque el capitalismo genera estas cosas. Por lo tanto, el régimen es anticapitalista y revolucionario porque no tendría sentido

simplemente ‘modernizar’, prolongando así el sistema que genera todos esos males. El mecanismo que aplastó al Perú era una combinación de oligarquía local e imperialismo extranjero. El régimen se opone a la oligarquía con una pasión obviamente sincera, no porque es económicamente ineficiente sino porque es el eslabón crucial en la cadena de explotación imperialista». Añade a favor de su respaldo la inexistencia de una burguesía y de actores alternativos para implementar su proyecto, además del hecho que «el Perú no está en la vera de una explosión social, como entre 1958-1963... (y que) los militares peruanos han sido hasta aquí suficientemente afortunados para planear y actuar sin otras constricciones que las de la debilidad y el subdesarrollo de su país».

¿Cómo explicar ese optimismo por los potenciales logros de los militares peruanos, quienes a la vuelta de cuatro años desarmaron sus medidas más audaces? ¿La existencia de una coyuntura regional caracterizada por la presencia de militares «nacionalistas» como Rodríguez Lara, en el Ecuador; Torres, en Bolivia; Torrijos en Panamá? Después de todo el mismo Fidel Castro defendía estos regímenes con el curioso argumento que la revolución se defiende con las armas y que los únicos que las tenían eran los militares, en los mismos momentos en que esos oficiales deportaban a sus críticos más consecuentes... ¿O fue la expresión de las profundas reservas y los sesgos frente al desborde de la extrema izquierda? Decepcionado por el frío recibimiento que tuvo por parte de los estudiantes de la Universidad de San Marcos de Lima, escribió en sus Memorias «Pues el maoísmo, en cualquiera de sus múlti-

ples subvariedades era la ideología de los hijos y las hijas de la nueva clase media «chola» (india hispanizada) de emigrantes de las montañas, al menos hasta que se graduaban. Su maoísmo como el servicio militar para los campesinos, y el año sabático de los estudiantes europeos, constituía un rito de paso social» (p. 345). La réplica no se hizo esperar y fue escrita por Aníbal Quijano en «Imperialismo y Capitalismo de Estado», publicado en el primer número de *Sociedad y Política*, en 1972. Luego de reconocer en Hobsbawm «al brillante historiador del capitalismo británico del siglo pasado» (no podía saber que Hobsbawm publicaría en 1994 *The Age of Extremes*, la conmovedora «visión de los vencidos» de un militante comunista ante el derrumbe de sus sueños tras la caída del muro de Berlín) Quijano cuestionaba con razón la afirmación que no existía una burguesía en el Perú y, apelando al fervor marxista que lo caracterizaba en aquellos años, sostenía que ninguna revolución puede prescindir del apoyo militante de

las masas y que no puede instaurarse por la manipulación burocrática de las mismas. Poco después fue deportado, al igual que otros críticos del régimen. Podría decirse que la historia inmediata ratificó sus vaticinios, pero son los cambios en el largo plazo que introdujo el régimen militar que requieren una consideración más cuidadosa, y en cuyo contexto las dudas que también abrigó Hobsbawm sobre el proceso peruano debieran ser tomadas en cuenta.

Su influencia, en resumen, en este apartado rincón del mundo, fue enorme, en un contexto además en que jóvenes historiadores buscaban en el marxismo un ancla para construir un tipo de historiografía diferente y enteramente opuesta a la dominante del Perú de esos años. Hobsbawm fue, como se sabe, un militante del Partido Comunista inglés, orgulloso de pertenecer a la vieja guardia, porque consideraba a la nueva izquierda demasiado «light», el último de los románticos como lo calificara Tony Judt.